# Libro 2 Capítulo 15: Sinceramente, Madame Cornelia de la Casa Forteville - Druida del Centro Urbano (Primera Parte Sin Concluir)

La noche siguiente, Dantes y Jacopo se desplazaron por el sector norte de la ciudad como si fueran ratas, moviéndose de bloque en bloque hasta llegar a la Plaza Administrativa. Cruzaron rápidamente por delante de las estatuas de los dioses en el centro, esquivando a algunos funcionarios agotados y a un romántico encuentro que ocurría bajo la sombra de una de las columnas del Salón del Concejo. Alcanzaron el edificio que habían determinado como el lugar donde Danglars tenía su oficina y, permaneciendo en estrecha cercanía, se abrieron paso atravesando la barrera que lo protegía de los roedores, ingresando cuidadosamente en su interior.

No había candelas, pero varias pequeñas esferas de vidrio emitían una luz tenue proveniente de distintas habitaciones, señalando noches largas para algunos de los magistrados y su personal que trabajaba allí. Lo intentaron con lentitud, procurando evitar a los pocos trabajadores que quedaban, y buscaron con cuidado la oficina de Danglars.

Tardaron un poco, pero finalmente lograron localizarla. Una puerta con el nombre de Danglars Forteville pintado en oro. Dantes intentó deslizarse por debajo de la puerta, pero notó que no cabía del todo. Él y Jacopo inspeccionaron los pasillos cercanos y, al no ver a nadie, Dantes se transformó en su forma habitual y, usando su rama, desbloqueó la cerradura en un instante. Abrió la puerta con suavidad y, al notar que estaba vacía, entró. Cerró la puerta en silencio y miró alrededor.

El despacho era lujosamente decorado, tanto en diseño como en adornos. Las paredes, negras, estaban decoradas con patrones de rosas doradas pintadas a lo largo de ellas, con columnas de marfil en cada esquina. Una estantería de fina madera importada, decorada con libros y correspondencia recopilada, adornaba una de las paredes. Los muebles eran todos del mismo estilo contemporáneo, y el escritorio en la parte superior central, de mármol sólido, soportaba pilas de documentos, correo abierto y cerrado, y un cuenco lleno de pan y queso que impregnaba el ambiente con su aroma.

Dantes centró su atención en las puntas de sus dedos, pero no detectó ninguna señal de magia. Se acercó al escritorio central, mientras Jacopo saltaba sobre él y se lanzaba en busca de la comida, y Dantes comenzó a revisar los papeles. Encontró varios documentos de las Autoridades Portuarias, algunos mensajes dirigidos a la guardia en los que se solicitaba quitar a Pacha de su puesto, y otros recados relacionados con diferentes asuntos laborales y disputas en las que había participado. En su conjunto, confirmaban lo que ya sospechaba acerca de cómo Mondego y Danglars colaboraban, aunque no aportaban nada particularmente útil. Sin embargo, guardó algunas de las cartas más incriminadoras en su chaqueta.

Se dirigió a la estantería y empezó a revisarla, encontrando principalmente notas de reuniones de consejos y comités sobre diversas políticas y decisiones. Una trataba sobre el aumento de hostilidades de Viscent, otra sobre la posibilidad de aceptar refugiados políticos que huían de Frasheid, y otras cuestiones similares. Incluso había notas relacionadas con el incremento de la producción interna de alimentos o el reclutamiento de nuevos guardias para prepararse ante posibles conflictos. Ninguna de ellas resultaba importante para Dantes o para Danglars. A su parecer, las notas estaban específicamente preparadas para Danglars por sus secretarias, destinadas a reuniones a las que él no asistía. Sacudió la cabeza con desdén. No encontró ni una sola carta personal. Danglars podía ser sorprendentemente meticuloso, pero eso no encajaba con su forma de actuar. Volvió su atención al escritorio de mármol y caminó hacia él.

Se inclinó y empezó a pasar sus manos por la superficie lisa de la piedra. Sintió que algo no encajaba. Finalmente, sus delicados dedos detectaron una ligera costura. Trabajó alrededor de ella, insertando una finísima astilla de madera de su rama en la grieta, y tras un momento, descubrió un mecanismo simple. Lo presionó y un cajón se abrió de par en par. De él provenía un aroma a perfume, y Dantes vio un montón de cartas sujetas por un sello de piedra pesado.

Dantès rompió el sello, al notar que llevaba el emblema de Forteville, así como la imagen de una palma abierta y un puño cerrado, símbolo de los magisters. Era el insignia oficial de Danglar. Dantès sonrió al guardarlo en su bolsillo, y luego dirigió su atención a las cartas.

Tomó la primera.

Hola, mi pequeño cerdito,

Apuesto a que estás abriendo esto y leyéndolo en tu oficina mientras tus pobres secretarias están contigo en la misma habitación, ¿verdad? Tú miserable y repugnante pequeño hombre. ¿No tienes vergüenza? Un magister, un miembro de la nobleza de Rendhold, infectado por esa degeneración. Deberías ser castigado por lo que eres, deberías…

Dantès saltó varias páginas llenas de descripciones sensacionalistas y detalladas antes de llegar al final de la carta.

Hasta pronto, pequeño cerdito, señora Dosia.

Dantès olfateó la carta, descubriendo que allí provenía el aroma que había estado emanando. La fragancia olía a rosas y cuero, con un leve toque de sangre. Debía admitir que era un olor bastante agradable, aunque su interés por la promesa que la acompañaba era mucho menor que el interés

de Danglar.

Desde hacía algún tiempo sabía que Danglar tenía esas inclinaciones. Cuando estaban en confianza, habían hablado más de una vez sobre ello, y fue Dantès quien sugirió que actuara en consecuencia, e hiciera reservar a un especialista de vez en cuando. Sin embargo, no había llegado a comprender cuán profundo era su deseo. O tal vez, solo había empezado a moverse en esa dirección durante los cinco años que Dantès había pasado en la Perla.

Comenzó a revisar las demás cartas, descubriendo que la mayoría eran de la señora Dosia. Todas contenían una mezcla de desprecio, humillación y repulsión, aunque Dantès no se fijaba tanto en eso como en las recordatorias ocasionales de que Danglar le debía dinero a ella. Era importante pagar lo que una prostituta merecía. También era útil saber cuánto tiempo Danglar pasaba con ella, así que guardó esa información en su memoria para consultarla después.

Hacia el fondo del cajón secreto encontró una carta claramente doblada y desdoblada varias veces. La tomó y pasó la palma de su mano por encima para alisarla y poder leerla sin tantos pliegues.

Danglar Forteville, hijo de Cornelia del linaje Forteville, una casa fundadora de Rendhold.

Ésta es mi quinta carta para ti. Aunque la primera no obtuvo respuesta, culpa de la incompetencia del personal distraído que tienes, no puedo decir lo mismo de las otras tres. No me ignores. Todo lo que posees en esta vida es gracias a mí. La casa en la que creciste, el nombre que te convirtió en magister, e incluso tu propia existencia. Me aseguré de que te criaran con la dignidad de un señor. Recibiste la mejor formación en etiqueta, te enseñaron el idioma élfico, orco y hasta la antigua lengua de la tierra natal. La sirvienta te disciplinaba solo cuando realmente lo merecías, y te atendí yo misma tres veces al día durante las comidas, mucho más de lo que la mayoría de las madres de mi posición harían. Incluso te amamanté con mi propio pecho cuando la incompetencia de tu padre nos costó el dinero para pagar una nodriza, aunque eso me causó gran dolor y molestia. Incluso cuando decidiste arriesgar lo poco que nos queda para jugar a ser ladrón en Midtown con esos asquerosos perros, supe contener la mayor parte de mis críticas y usé mis conexiones para mantenerte alejado del problema. Ahora, cuando por fin mis enseñanzas y mi educación han calado, y te has convertido en un verdadero caballero de la alta sociedad, soy ignorada. Nuestra casa está en ruinas, y no envías dinero para que pueda mantener a los sirvientes y el estilo de vida al que estoy acostumbrada. ¿No me dejas mudarme a tu nueva casa, que tiene más que suficiente espacio para que yo y los sirvientes que merezco vivamos allí? Me estás matando, hijo. Me estás matando a tu madre. Justo como tu padre, cuando invirtió en ese envío de ginseng. Sangro en un pañuelo, y cada día me siento más débil en esta mansión llena de arrepentimientos, cuyo mayor peso es tú. He dejado de esperar que acts como un hijo debería. Cuando muera, te perseguiré en tus sueños. Eres un cerdo, un sinvergüenza, y algún día morirás siendo así.

Desde la honorable señora Cornelia, de la casa Forteville, una de las casas fundadoras de Rendhold

Dantés terminó de leer, notando que sus cejas se alzaban aún más que cuando hojeaba las cartas de Dosia. Danglars había mencionado varias veces a una madre dominante y a un padre tonto, pero había una gran diferencia entre oír a un amigo hablar entre tazas y leer una carta de la madre del hombre. Dantés difícilmente podía identificarse con ello. A su padre, sin duda, sí, pero con su

madre sentía solo afecto. Frunció el ceño; quizás allí tuviera algo de utilidad, aunque no sabía exactamente qué. Sin embargo, para desconcertar a Danglars, escondió la carta en su chaqueta.

Miró una vez más en el cajón y encontró una última misiva. Ésta tenía un aroma metálico y estaba escrita con un tipo de tinta dorada. No contenía más que una lista, que Dantés supuso, de reuniones o leyes. A su lado, había un Y, un N o un A. En el pie de la carta, con una caligrafía hermosa, estaba la letra G, probablemente para indicar quién la había enviado. La guardó también en el bolsillo.

Palpó entre sus prendas la bolsa donde había guardado el símbolo de la autoridad de Danglars, una idea comenzaba a formarse en su mente. Era pasada la noche, pero el amanecer no tardaría en llegar. Seguramente sería muy interesante para él visitar algunas de las embarcaciones que estaban introduciendo mercancías en la ciudad, justo cuando sus tripulantes comenzaban a despertar, ¿no sería así?

---

Revisión #1
Creado 8 septiembre 2026 04:26:54 por Fiona Apple
Actualizado 8 septiembre 2026 04:26:54 por Fiona Apple